

Harry Houdini en el barrio

Sergio Gómez





<https://cuentosinfantiles.top>

Cerca de mi casa vivía un ex mago, un ex ilusionista y escapista de fama mundial llamado Harry Houdini. El gran Houdini. Ahora estaba retirado, viviendo tal vez sus últimos años. Nadie sabía por qué llegó a vivir justamente a nuestro barrio; en realidad, poco o nada se sabía de él, solo los más viejos contaban de sus años activos como mago ilusionista, escapista de fama mundial. Para nosotros era el hombre viejo de la casa vieja en la mitad de la cuadra. Lo veíamos salir de esa casa, caminar con sombrero y bastón, sin hablar o mirar a nadie. Cuando los niños lo veíamos en la calle nos apartábamos con respeto. El único que se atrevía a hablarle —bueno, es solo una forma de decirlo— era Pausa, quien le ladraba. Pausa era el perro del barrio, no pertenecía a nadie y a todos a la vez. En esa época éramos muy amigos, éramos niños, y parecía que todos, excepto algunos, los menos, eran felices. Excepto míster Houdini, el escapista, que caminaba muy serio, como si fuera a un velorio.

Si mister Houdini nos llamó la atención fue por un hecho totalmente inesperado. Un lunes por la mañana, en uno de los bancos en el extremo del barrio, tres hombres armados entraron a asaltarlo y llevarse el dinero. Para que los clientes del banco no molestaran mientras robaban, decidieron amarrarlos y encerrarlos. Entre ellos estaba el señor Houdini. Pero apenas los ladrones cerraron la puerta del banco y huyeron, Houdini, en dos rápidos movimientos, logró desamarrarse y ayudar a los demás. Llamaron a la policía y atraparon a los ladrones. La historia recorrió el barrio y muchos incrédulos que no sabían que el gran Harry Houdini estaba entre nosotros comenzaron a creer y a contar sobre sus hazañas del pasado en teatros de todo el mundo. Algunos, cuando se lo volvieron a encontrar en la calle, comenzaron a hacerle pequeñas reverencias o saludos, que el señor Houdini contestaba llevándose los dedos al sombrero.

Llegaron las vacaciones y como siempre los primos de la capital, y con ello las novedades. Los primos siempre parecían más informados que nosotros. Entre ellos, Dante era quien más leía. Cuando le contamos de Harry Houdini en el barrio, él meditó, se llevó las manos al mentón y nos contó algunas de las hazañas del escapista. En su mejor época Houdini tenía distintas pruebas. Se hacía colgar de cabeza a una altura de treinta metros desde una grúa, amarrado con cadenas y candados. Pero en menos de cinco minutos, todavía colgando de la grúa, lograba sacudirse y quitarse las amarras. Su principal número, uno que repitió cientos de veces en los teatros más importantes del mundo, consistía también en amarrarlo con cadenas, candados y sogas. Dos asistentes lo introducían adentro de un baúl, luego cerraban el baúl con un grueso candado. Su principal asistente, de nombre Bessie, que años después se transformó en su mujer, cerraba unas cortinas por delante, pero solo por algunos minutos o segundos. Volvían a abrir la cortina, pero la asistente no estaba, en

su lugar aparecía saludando el mismo Houdini, como si nada, sin cadenas, sin amarres, sin sogas. Para comprobar que no existía un doble de Houdini —asunto que siempre se sospechó—, abrían entonces con una llave el candado del baúl, pero en su interior encontraban, amarrada con sogas y cadenas, a Bessie, su asistente.

Esos trucos de escapismo hicieron famoso a Harry Houdini.

Después de escuchar lo que Dante, nuestro primo, nos contó, nos quedamos impresionados, francamente impresionados por aquel viejito delgado que veíamos caminar por la cuadra.

Quisimos averiguar algo más y nos presentamos en su casa. Nos recibió la señora Nena, quien le cocinaba y le barría la casa. Nos dijo, sin muy buena cara, que estaba ocupado. Le insistimos que nos contara algo del gran Houdini. Ella dijo que no sabía nada del gran Houdini sino de don Harry, el que le parecía un hombre extremadamente común, que hablaba

poco, más bien casi nada, y que usaba calcetines negros y camisas blancas todo el tiempo. Solo al final, desde la puerta de la casa en la mitad de la cuadra, nos contó algo curioso. Un día, cuando ambos llegaron de hacer compras, descubrieron que la llave de la casa se les había quedado adentro. La señora Nena se lamentó y pidió disculpas. Míster Houdini le dijo que no se preocupara, y con dos movimientos abrió la puerta sin la llave.

Cada vez que Houdini aparecía por la vereda, los niños nos echábamos hacia atrás, era respeto mezclado con temor. No faltó entonces quien dijo que tenía un pacto secreto con el diablo, que si nos miraba fijamente a los ojos podía hechizarnos o algo así, por lo tanto nadie lo miraba. El único que se encargaba de él era Pausa, le ladraba y lo seguía toda la cuadra, hasta que se aburría, volvía contento y cansado, moviendo la cola para que aprobáramos su esfuerzo. Por supuesto, Pausa era incapaz de morder a míster Houdini o a

cualquiera porque era un perro tranquilo, por eso le llamaban Pausa.

Como suele suceder, los rumores del señor Houdini se hicieron algo fantasiosos. No me consta, esto me lo contó Guille, el de los diarios, a él se lo contó la señora Aurora Palacio que es la que vende joyas y hace almuerzos. Pero quien realmente participó fue Pitica, la secretaria del contador, el señor Arena. Pitica contó que, como todos los días a la hora del almuerzo, bajó del edificio consistorial donde trabajaba el contador Arena, pensaba comer algo rápido porque tenía trabajo atrasado. El ascensor que bajaba del séptimo piso venía repleto de gente, entre ellos el señor Houdini, que, justamente, acababa de reunirse con el contador Arena para que le ayudara en un trámite con sus ahorros. Pitica también era del barrio, muy amiga de la señora Aurora, que luego le contó esto a Guille y de ahí lo supo todo el barrio. Mientras descendían, entre el piso cuarto y el quinto, el ascensor se detuvo y quedó

completamente a oscuras. La gente que iba adentro comenzó a gritar de pánico. Algunos rezaban y pedían perdón por sus faltas y juraban que nunca más lo harían. Otros gritaban “mamá”, aunque tuvieran más de cincuenta años de edad. Otros gritaban groserías en contra de los administradores del edificio por el ascensor en malas condiciones. Quince minutos después la situación estaba un poco más calmada, y solo lloraba una señora gorda que prometió que no volvería a comer en exceso si se salvaba. Finalmente los bajaron. Cuando llegaron al primer piso y abrieron la puerta, además de ver luz, Pitica vio afuera del ascensor, un poco más allá, a mister Houdini, paseándose por la galería como si nada. Se acercó y le preguntó cómo lo había hecho si ella lo había visto adentro del ascensor, él sonrió, se llevó un dedo a su sombrero y con ese saludo se despidió. Entonces ocurrió un hecho increíble, nada tuvo que ver con magia, escapes, o ilusionismos. Lo presenciamos todos y quedamos atónitos. Y

otra vez participó el señor Houdini. Una mañana lo vimos salir de la casa con su sombrero, su ropa antigua y su bastón. Pausa se sintió obligado a ladrarle a cierta distancia, tal vez solo para no perder la costumbre y porque todos los niños estábamos mirando. En ese momento, desde una camioneta municipal bajaron tres hombres con un largo listón que en el extremo llevaba un alambre con el que atraparon por el cuello a Pausa. Le amarraron las patas con dos sogas de plástico. Y así quedó, hecho un ovillo, con cara de sorpresa y miedo por lo que vendría a continuación. Los municipales se reían, le decían que se lo llevarían a la perrera y con seguridad en una semana más le enterrarían una inyección para mandarlo al otro lado. Con “el otro lado” se referían a que hasta ahí no más llegaba Pausa. O para decirlo apoyándonos en su nombre: la pausa de Pausa sería para siempre.

Por supuesto, los niños del barrio corrimos a ayudar a nuestro perro, el que no tenía dueño, pero que en realidad no necesitaba tener

ninguno. Pero se sabe que los niños nunca han ganado una discusión con municipales, así que no hubo modo de convencerlos de que lo liberaran. En ese momento vimos un bastón que detenía la mano del empleado municipal que recogía a Pausa. El bastón de Harry Houdini. El municipal se echó para atrás con miedo y explicó, casi temblando, que por decreto municipal todos los perros vagos debían llegar a la perrera, por órdenes del alcalde. El señor Houdini entonces dijo —y fue la primera vez que lo escuchamos hablar— que eso no era necesario, que por ahora Pausa no iría a ningún lado sino a su casa, que en realidad era el barrio entero, y que él se sentiría muy mal si al día siguiente, cuando procediera a dar su paseo o a dirigirse a hacer trámites, no le ladrara el perro. Tampoco los municipales alcanzaron a replicar. El señor Houdini, como en sus mejores tiempos de artista del escapismo, movió los amarres que aprisionaban a Pausa y lo liberó con una rapidez asombrosa. Nuestro perro, con la cola entre las patas, se retiró sin dar las gracias,

llorando como lo hacen los perros. Solo Guille, el de los diarios, más tarde consiguió calmarlo un poco regalándole parte del sancochado que preparaba para almorzar en su quiosco.

Los municipales se fueron furiosos diciendo que volverían. Desde ese día redoblamos el cuidado de Pausa. Por supuesto, en los días siguientes, cuando el perro veía salir de su casa a míster Houdini, volvía a ladrarle, pero ahora esos ladridos los interpretábamos no como de amenaza sino de agradecimiento. El señor Houdini, como si no se diera por enterado, seguía su camino moviendo su bastón y llevando dos dedos al ala de su sombrero como saludo.

Cuando acabó el verano los primos volvieron a la capital, contentos de las vacaciones, de las caminatas al cerro, de bañarnos en el río, de jugar fútbol en las cancha del Bajo, y, de lo que fue nuestra principal ocupación esa temporada: tratar de hacer los trucos que nos contaron del señor Houdini. Por supuesto, casi ninguno nos dio resultado. Incluso en una

ocasión tuvimos que ir de emergencia a buscar al señor Estuardo, que era cerrajero y gásfiter, para que sacara de un baúl a Luisito, uno de nosotros, que llevaba dos horas sin poder salir probando un truco de escapismo nunca antes visto. Cuando por fin salió estaba empapado de transpiración. Si no es por un pequeño orificio en la parte superior del baúl se nos hubiera ahogado. El señor Estuardo y Guille, el del diario, nos advirtieron que si seguíamos tratando de imitar al señor Houdini podría ocurrirnos un accidente.

En otoño decidimos que no podíamos esperar más, debíamos hablar con Harry Houdini en su casita de madera en mitad de la cuadra. La señora Nena nos dijo que era difícil, remoto, casi imposible que él nos recibiera. Al parecer no quería hablar, no quería recordar sus viejos tiempos cuando era un famoso ilusionista. Cuando le preguntamos una razón, la señora Nena nos dio una respuesta misteriosa: “Don Houdini no quiere saber nada de ilusiones”.

La oportunidad de hablar con Houdini en el barrio llegó finalmente en el invierno de ese año, hace mucho tiempo ahora que lo pienso, casi como un sueño, bueno, como son todos los recuerdos, distantes, perdidos, lejanos.

Guille nos avisó. La verdad fue que Santis, el de la carnicería, le dijo a Yolanda García de la sastrería, quien le contó a don Ismael, el bombero, este corrió dos cuadras y casi sufre un ataque cardíaco antes de contarle a Guille, el del diario, quien nos contó a nosotros. Había llovido intensamente durante la noche, el río se desbordó y parte del barrio amaneció inundado. Los de la municipalidad aprovecharon la confusión, recorrieron calle a calle recogiendo a los perros vagos. Al final de la recogida la camioneta no logró salir del barrio porque el río cortó el paso por el único puente que unía al resto de la ciudad. Y allí estaba, lo comprobamos cuando vimos la camioneta detenida con su carrocería llena de perros vagos, incluido el Pausa. Teníamos que actuar con rapidez. Alguien sugirió asaltar la

camioneta, pero los dos empleados en la cabina no parecían dispuestos a entregarnos a nuestro perro y al resto de los prófugos. Mientras tanto, llovía de una forma bestial. El río seguía poderoso y rugiente. Cuántas veces lo habíamos visto igual en invierno, violento y peligroso, tan distinto a cuando nos bañábamos en él durante el verano.

No sé si a mí se me ocurrió, de todas maneras la mayoría estuvo de acuerdo: el único que nos podría ayudar para salvar a Pausa era míster Houdini, el mago, ilusionista, escapista, amigo lejano de Pausa. Si una vez se enfrentó a los municipales podría hacerlo de nuevo, pensamos. Yo fui el encargado de correr a la casa de la mitad de la cuadra para avisarle lo que ocurría. Esta vez no me recibió la señora Nena, tal vez porque ese día no le correspondía limpieza, sino el mismo Houdini, vestido de camisa y pantalones. Nunca antes lo habíamos visto así, sin su sombrero ni su bastón de punta extraña. Entonces, en medio de la lluvia, mojado, casi llorando, le conté lo que sucedía.

Él pareció no entender y pensamos que nos cerraría la puerta. Movi6 la cabeza, suspir6 y sigui6 moviendo la cabeza y suspirando. Sin su traje, sin su sombrero, se notaba delgado y viejo. Entonces pregunt6:

—¿Por qu6 vienes adonde m6?

En ese momento no pens6 en la respuesta, le dije lo primero que se me ocurri6. Objetivamente fue una p6sima respuesta pero as6 me sali6:

—Porque usted es mago, don Houdini —eso le dije.

Ni siquiera tom6 su sombrero, tampoco su vest6n viejo, y menos el bast6n o las llaves de su casa, aunque esto 6ltimo poco importaba si pod6a abrir lo que quisiera. Caminamos los cinco ni6os, m6ster Houdini, Guille el de los diarios, la se6ora Aurora, el se6or Santis y el bombero Ismael, es decir, una buena cantidad de vecinos. Nos dirigimos al puente, donde los municipales esperaban que se abriera el paso.

En ese momento el río creció de pronto, arrastrando barro y piedras, y como si diera un mordisco a una torta de cumpleaños, derribó la defensa de tierra del camino que llegaba al puente. Entonces las dos ruedas traseras de la camioneta comenzaron a deslizarse hacia el río, muy lentamente. Los empleados en la cabina tuvieron tiempo para bajar. La camioneta se inclinó y comenzó a caer en cámara lenta. Al principio flotó como si fuera un barco. Giró y se movió hacia el centro del cauce. Entonces comenzó a hundirse.

Los que veíamos esa escena no lo podíamos creer. Escuchamos los ladridos desesperados de los perros en el interior de la camioneta. Eran ladridos de miedo por lo que ocurría. Algunos de los niños se cubrieron la cara, otros lloraban.

Entonces vimos al viejo Houdini correr por la orilla del río. Se quitó los zapatos. Estiró las manos al cielo como si fuera uno de sus actos de escapismo visto por miles de personas. Se echó aire a los pulmones. Realizó

dos flexiones de rodillas. Y se arrojó al río. Un momento después lo vimos aparecer adelante de la camioneta, justo cuando se hundía completamente echando humo. Los ladridos de los perros desaparecieron de pronto. También Houdini se sumergió. No quedó nada sobre la superficie del río. Pero solo fue un minuto o tal vez menos. Enseguida comenzamos a ver aparecer las cabezas de los perros, uno tras otro, hasta que apareció Pausa. Al final, cuando los vecinos comenzaron a lamentarse de que el míster se había ahogado, también apareció la cabeza de Houdini echando un chorro de agua.

Fue su último acto de escapismo, uno que nos impresionó y que nunca olvidamos en el barrio. Los municipales se paseaban sorprendidos diciendo que era imposible que abriera la carrocería de la camioneta porque solo ellos tenían la llave. Por supuesto, sabían muy poco de quién era Harry Houdini.

Una semana después mi mamá me entregó un frasco de mermelada que ella preparaba.

Llegué a tocar la puerta en mitad de la cuadra. Me recibió la señora Nena, que me miró levantando las cejas. Le expliqué que venía a agradecerle en nombre de los demás, especialmente en nombre de Pausa, quien no podía hablar, por eso le traía un frasco de mermelada casera. La señora Nena no me dejó decir nada más. Entró en silencio con el frasco en las manos mientras yo me quedé afuera. Un rato después regreso con el siguiente recado: “Don Houdini dice que gracias, y que le encanta la mermelada de albaricoques”.

En ese momento no supe qué más decirle a la señora Nena, hasta que ella me preguntó:

—¿Algo más?

Moví la cabeza y me di vuelta, entonces se me ocurrió lo que consideré una idea genial. Le dije a la señora Nena que en realidad lo único que deseaba era conocer algunos de los trucos o secretos del señor Houdini, que nada le costaba contármelos sobre todo ahora que él no los utilizaba. La señora Nena otra vez movió la cabeza y dijo:

—Espera.

Se demoró un poco más tiempo, pero regresó con la respuesta.

Entonces, a través de la señora Nena, conocí algunos de los trucos de Houdini, al menos dos o tres, los que ahora no le servían de nada porque estaba retirado de la profesión de mago, escapista, e ilusionista. Después de contármelo agregó algo más la señora Nena, más bien era un consejo que me enviaba el míster si es que yo pretendía convertirme en un mago, ilusionista o escapista, y este era que no podía revelar a nadie esos trucos, eso era una ley entre magos. Y es por eso que, aunque no me faltan las ganas de hacerlo, no puedo ahora decir nada al respecto.

Pocos años después de aquel invierno abandoné el barrio, y abandoné la ciudad de provincia donde nací. A mi papá lo trasladaron al norte a trabajar. En esa nueva ciudad rápidamente hice amigos, algunos incluso se transformaron en esos amigos de toda la vida. Crecí y me convertí en adulto. Nunca abandoné

la magia, y el ilusionismo lo practicaba en mis tiempos libres, cuando no estaba estudiando la profesión que finalmente elegí para ganarme la vida. Era, por así decirlo, y lo soy hasta hoy, un mago aficionado. A veces realizaba trucos a mis hijos y a sus amigos, también algunos de escapismo, pero no demasiado de estos últimos porque en esa área nunca fui muy bueno.

Y un día regresé a mi antigua ciudad, después de muchos años de ingratitud. El río seguía desbordándose en invierno en el barrio, y en verano, en cambio, era sosegado y amistoso.

El barrio cambió completamente. No encontré a ninguno de mis antiguos amigos porque, como yo, también salieron de allí. Me enteré de algunos vecinos fallecidos. También Harry Houdini llevaba varios años muerto. Entonces se me ocurrió, antes de regresar adonde vivía, ir a visitar su tumba.

Me tomó un día averiguar en la administración del cementerio dónde estaba enterrado.

Finalmente me llamaron por teléfono para confirmarlo.

En la entrada del cementerio me esperaba un viejo sepulturero, que me guió sin decir una palabra. Cuando llegamos al lugar solo encontramos un gran hoyo abierto y nada adentro. Traté de hablar pero no me salió la voz. El sepulturero entonces dijo:

—Lo ves, ya se escapó otra vez don Houdini.

Después de un rato que no paraba de reír, el sepulturero me dijo que solo bromeaba, estaban cambiando de lugar esa tumba y otras del sector. Al parecer el río socava en esa parte del cementerio y tenían miedo de que las tumbas se las llevaran las aguas. No era la primera vez. Cada vez que lo hacían coincidían con que alguien preguntaba por Houdini, entonces el sepulturero disfrutaba con la misma broma.

Cuando estuve frente a la nueva tumba del señor Houdini, me pasé un buen rato sin decir nada, pensando en otras cosas, problemas y desafíos futuros. Finalmente me levanté y le

dejé unas flores. Antes de irme me acerqué a la lápida, entonces le susurré bajito que había cumplido mi promesa, que nunca revelé sus secretos, y que tampoco pensaba hacerlo ahora que escribía sobre él, el Gran Houdini.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>